

MUERTE DEL EMPERADOR

I

ÚLTIMO ADIÓS AL VALLE

El Emperador se dispuso a cumplir la palabra empeñada a Ruy Gómez de Varela, haciendo partir a Juan del monasterio tres días después de su reconciliación con los moradores del valle.

En los tres días que el bizarro mancebo permaneció aliado del Emperador, ocurrieron en Yuste cosas notables, que llenaron de curiosidad y de admiración a los monjes. El día antes de la partida de Juan, las campanas del convento, echadas a vuelo, anunciaban una gran fiesta. Cubrióse la iglesia de ricos paños y colgaduras, como en los días de gala, y se avisó a la Comunidad, en nombre del Emperador, para que asistiera a la misa. Tratábase de armar caballero a Juan, y parecía que había un grande interés en que aquella ceremonia se realizara con la mayor solemnidad.

Antes de empezar la misa, que debía officiar el prior Angulo, se colocó en el altar mayor una mesa cubierta de brocado, en la cual resplandecían una espada de costoso trabajo, un casco de acero bruñido, con adornos de plata y oro; unas espuelas doradas, de mucho valor, y otras piezas magnificas que completaban la armadura del guerrero.

Cuando el prior estaba ya revestido de los ornamentos del culto y la Comunidad ocupaba el coro, dispuesta a comenzar los officios divinos, se presentó el Emperador en el presbiterio, acompañado de Juan, de Conrado, de don Luis de Ávila, de don Fernando Álvarez de Toledo, de don Luis Quijada y de otros caballeros e hidalgos que a la sazón se hallaban en Yuste.

Sonaron los acordes del órgano, se esparció por el templo el olor del incienso y se oyó misa con gran fervor.

Fray Juan de Regla subió al púlpito y predicó una breve y hermosa plática, recordando las glorias inmarcesibles de la cruz, que por espacio de setecientos años había sido la única empresa estampada en el escudo de los guerreros españoles. Acabada la misa, bendijo el prior las armas, y, después que se apagaron las luces, levantó se el Emperador con gallardo continente y tomó de la mesa la espada. Hizo señas a Juan para que se acercara, y el gentil mancebo, envanecido con su lujoso traje de seda carmesí recamado de oro, se levantó con gentil talante y bizarra apostura, ostentando en sus mejillas ruborizadas el carmín de la alegría y el pudor de la modestia.

Hermoso estaba el doncel aquel día, y todos los presentes le contemplaban con íntima satisfacción. Aproximóse al Emperador y cayó a sus pies de rodillas.

Entonces el Monarca le dio el espaldarazo y pronunció las palabras de fórmula, diciendo en voz alta.

-Don Juan, yo os armo caballero.

Conrado le ciñó las espuelas, Pedro Barrientos le ajustó la coraza, Luis Quijada le aseguró la gola y los brazaletes y el comendador don Luis de Ávila le puso el dorado yelmo.

Armado ya así, díjole el Emperador:

-Esta espada, que fue mía, os regalo, don Juan; no tiene más méritos que el de haber sido empuñada siempre con razón y el de no haber vuelto nunca a la vaina sin honor. Conservadla en memoria mía, y que os recuerde siempre la cruz de la empuñadura que sois cristiano, y la hoja, que sois un caballero.

Después se cantó el Te Deum, y luego recibió el joven los plácemes, las felicitaciones y algún bello presente de los caballeros que habían presenciado la ceremonia.

Aquella tarde fue Juan al valle armado de todas armas por primera vez, a despedirse de los dueños del castillo, con quienes le ligaban tantos vínculos de amistad y gratitud.

Acompañábanle Conrado y Pedro Barrientos.

La despedida fue cordial, expansiva, sincera y tierna.

Todos hicieron prodigios de valor para reprimir los afectos diversos de sus corazones. El anciano patriarca le bendijo, y Magdalena se elevó a la altura de una resignación heroica.

Juan debía partir al día siguiente, en compañía de Barrientos, para unirse a las banderas de don Lope de Figueroa, que estaba acampado en los tercios reales, cerca de Valladolid.

Conrado quiso todavía volver a despedirle, y acordaron que iría, muy de mañana, al monasterio, y que acompañaría a Juan y a Barrientos hasta el vecino pueblo de Garganta.

En el momento de partir Juan del castillo, el anciano patriarca le tendió los brazos, y exclamó:

-Ya no os volveré a ver más, noble joven, porque mis días están contados; pero os lleváis mi afecto y mi bendición. ¡Sed dichoso, y rezad por que lo sean también los desterrados del valle!

Juan se enjugó una lágrima, y abrazó al anciano.

Cuando le tocó a Magdalena el turno de despedida, creyó el joven que el corazón se le iba a saltar del pecho, y desconfió de su valor.

La virgen del valle estaba pálida, blanca, transida de pena, como aquellas víctimas que llevaban los gentiles al sacrificio coronadas de rosas.

-¡Adiós, Magdalena! -balbució el joven, llorando.

Y ella, sonriendo de dolor, disfrazando su pesar, con el pecho herido por el torcedor de una agonía desgarradora, levantó los ojos al cielo con la sublime resignación de los que aman y esperan, cual si hubiera querido decirle: "Os aguardo allá arriba."

Huyó Juan del castillo con el corazón atravesado por las espinas de aquella despedida cruel, y cruzó el valle a galope, y sin volver la vista, porque no podía

resistir la emoción que le abrumaba y el deseo insaciable de verter lágrimas que le oprimía.

-¡Huyamos, huyamos de estos sitios, que me recuerdan mis ilusiones perdidas, mis sueños de amor desvanecidos y mis esperanzas malogradas! -decía en silencio, clavando las aceradas espuelas a su corcel.

Y Barrientos y él atravesaron el valle con la velocidad de dos visiones fantásticas.

Al doblar el collado, no pudo menos, como la mujer de Lot, de volver la vista hacia los lugares de donde le separaba la fuerza del destino, y como aquella pecadora, castigada por su delincuente curiosidad, sintió petrificado su corazón. Allí, sobre la torre, en el sitio más dominante de la morada señorial, estaba ocupando su puesto la virgen solitaria del valle, la tórtola herida, la paloma viuda y huérfana, que lloraba en silencio la muerte de la primera, de la única e ignorada pasión de su juventud.

Desde aquella altura, en donde se ostentaba más cerca del cielo que de la tierra, blanca y pura como una misteriosa sacerdotisa del dolor, con la cerviz inclinada como la azucena tronchada en su tallo, vaporosa, angélica, triste, como una de esas flores que nacen en las grietas de los muros antiguos, seguía prodigando a Juan su dulce mirada, los perfumes invisibles emanados de su alma y los tiernos y melancólicos murmullos encerrados dentro de la urna de su corazón.

-¡Magdalena! ¡Magdalena! ¡Magdalena! - exclamó Juan por tres veces.- ¡Adiós para siempre!

Y, deshecho en llanto, se alejó presuroso del collado, ahogando los sollozos que se levantaban de su pecho y le abrasaban la garganta.

Cuando después de haber andado algún tiempo volvió hacia atrás la vista, ni el valle ni el castillo volvieron a presentarse ante sus ojos. Aquellas visiones encantadoras habían desaparecido para siempre. Sólo quedaba de ellas el recuerdo imperecedero, que el huérfano debía conservar siempre en su fantasía.

II

HASTA EL CIELO

La partida de Juan estaba fijada para las diez del día siguiente. Así que nació el sol en la cuna de rosa de la aurora, llegó al convento el fiel amigo del valle, que llevaba a Juan las últimas impresiones de una dicha fenecida. Conrado le dio un tierno abrazo, y ambos a dos se sonrieron tristemente.

Los breves momentos que el viajero debía permanecer en Yuste se los consagró al amigo de quien iba a separarse, y los dos jóvenes departieron a solas, poseídos de hondo sentimiento acerca del porvenir.

-Si el abuelo fallece, Juan -le dijo Conrado-, estoy seguro que mi hermana se hará religiosa, porque creo que ésta es su vocación. Entonces, y dejándola amparada de la sombra protectora del claustro, no lo dudéis, volaré a la guerra a buscaros, y Dios me concederá el placer de acreditaros cuán grande y sincera es en mi corazón la amistad jurada.

-Yo os miraré siempre como a un hermano-le contestó Juan, llorando.

-Os buscaré, Juan, os buscaré-dijo el castellano, haciendo un esfuerzo para contener sus lágrimas-; el corazón me dice que no ha de tardar mucho tiempo en que nos hemos de reunir en la guerra para compartir sus fatigas y sus glorias, como compañeros de armas.

-Así lo espero-respondió Juan-, y creed que el día en que nos volvamos a reunir será bendecido por mí.

Acercóse el momento fatal de la partida.

En el pórtico del monasterio esperaban a los viajeros criados y cabalgaduras para conducirlos a ellos y sus equipajes.

Conociáse, desde luego, que no se habían omitido gastos ni dispendios para que el huérfano fuera servido con decoro y esplendidez. Los monjes rodeaban a Juan en el momento de la separación, esforzándose a porfía en colmarle de cariño y de tiernas atenciones.

Los servidores del Emperador no quitaban de él los ojos, demostrando en silencio el hondo pesar que tenían de la ausencia de tan amable criatura.

Poco antes de emprender el joven la jornada, fue conducido por su tutor, don Luis Quijada, a la presencia del Rey monje.

Estaba el Emperador en pie, esperándole, y al verle entrar palideció de repente, como si el corazón se le hubiera sobrecogido.

Se repuso, y dijo al mancebo con dulzura:

-Ven acá, hijo mío, y, por última vez, oye mi palabra.

Juan se arrodilló a sus pies, vertiendo abundantes lágrimas.

-Hasta esta fecha-exclamó el Emperador-, ni omití medio ni economicé recurso para educar bien tu corazón. Eres noble, sé honrado. Mucho bien podrás

hacer en el mundo; aprovecha todos los momentos que la fortuna te presente para hacerlo. ¡Ay del que no aprovecha el tiempo y consagra al mal los momentos que deben emplearse en el ejercicio del bien y de la virtud! Mucho espera de ti mi corazón. ¡Ojalá que mi corazón no se engañe! Te aconsejo que nunca se debilite en tu alma el amor y temor de Dios, origen de las más grandes y generosas acciones. Piensa en Dios siempre en todos los peligros de tu vida, y te sentirás fortalecido por su divino espíritu. ¿Serás buen cristiano, Juan?

-Se lo juro a Vuestra Majestad por la salvación de mi alma.

-Tú serás grande -añadió el Emperador.

Le miró un poco tiempo con amor, y repuso:

-Cuando viniste a acompañarme a este monasterio formé el propósito de que nunca te habías de separar de mí; pero lo he meditado mejor, y no me he juzgado con derecho a imponerte este sacrificio.

-¡Oh señor! -exclamó el joven con fuego-. No es sacrificio para mí vivir y morir al lado de un héroe tan grande como Vuestra Majestad.

-Sí, Juan; era un gran sacrificio -replicó el Emperador con amargura-. Yo soy un cadáver enterrado en vida, de quien el mundo ya no se acuerda, y si te conservara a mi lado vivirías más tarde pobre y oscurecido. Por eso te lanzo a la guerra, para que cuando llegue el momento en que la fortuna te brinde sus favores, te hayas hecho digno de ellos y puedas brillar más que los que pretendan eclipsarte. Algún día podrás comprender la previsión que encierra esta determinación, y estoy seguro que apreciarás mi sacrificio y bendecirás mi memoria. ¿Te acordaras de mí, Juan?

-¡Oh! -exclamó el joven, sollozando-. La memoria de Vuestra Majestad será siempre sagrada para mí.

-Dios te lo pague, Juan -balbució el Emperador, conmovido-. Y ahora, hijo mío, toma mi bendición que te doy con mis lágrimas. El joven inclinó la frente, y el grande hombre le bendijo en nombre de Dios.

Después le levantó en sus brazos y le estrechó tiernamente contra su pecho. Aquella escena, ignorada del mundo y presenciada sólo por Dios, tenía una sublimidad imposible de describir.

¡Aquel hombre, que había tenido en sus manos el dominio del mundo; aquel espíritu superior, cuya fortaleza se había acarreado la admiración universal, ofrecíase allí, en medio de una habitación lóbrega y reducida, estrechando con sus trémulos brazos el cuello ebúrneo de un joven, derramando sobre su graciosa y gentil cabeza las lágrimas de un afecto desconocido!...

-¡Oh Juan! ¡Oh Juan! -exclamó el Emperador por última vez-. Acordaos de mí, y rogad a Dios por mis pecados. ¡Conducíos siempre con honor en memoria mía y. ... sed venturoso!

Y, acabado esto, le despidió.

El joven salió llorando, y se refugió en los brazos de Conrado para ocultar su turbación.

Barrientos y Luis Quijada penetraron en la cámara del Emperador así que salió Juan.

Hallaron al Emperador de rodillas, apoyado la frente en su reclinatorio y llorando sobre los pies de un crucifijo.

Los dos fieles servidores respetaron su dolor.

Cuando levantó la cabeza y volvió los ojos para mirarlos, notaron que los tenía enrojecidos y que un pesar oculto, intenso, devorador, le impedía el uso de la palabra.

-Valor, señor, valor -dijeron a la par aquellas dos leales y sensibles personas, acudiendo a fortalecerle y a levantarlo.

-¡Cómo queréis que le tenga, fieles amigos -respondió con grande amargura-, cuando me separo de una prenda que era el regocijo de mi vejez cansada y me hacía tan grata la vida!

Hizo una breve pausa, tomó la mano de Barrientos, se la oprimió y dijo:

-A vos os le encomiendo, capitán. Velad por él como si velárais por vuestro hijo. A vos y a Luis Quijada confío esa noble criatura, resignando en vuestras manos su destino, tan incierto en el presente como en el porvenir. Vos partís con él, Barrientos, y Luis Quijada se queda a mi lado hasta mi muerte, que no tardará en llegar. Después se reunirá con vos y con él, y los dos cumpliréis mis instrucciones.

-Vivid tranquilo, señor -exclamó Pedro Barrientos. Vuestras órdenes serán cumplidas, también vuestras esperanzas.

El Emperador se enjugó una lágrima de gratitud, tendió los brazos al capitán, y le dijo:

-¡Amigo del alma! Nunca os olvidaré. Ahora tomad este abrazo. ¡Es lo único que os puede dar el Emperador Carlos V!

Barrientos y Quijada abandonaron la estancia precipitadamente, porque no podían contener el llanto.

A la puerta del monasterio se habían agolpado ya los monjes y los servidores del palacio y del convento para despedir a Juan.

Todos le bendecían, todos lloraban, todos le dirigían las más dulces y hermosas palabras.

Montaron, al fin, a caballo los viajeros y se dispusieron a emprender la jornada.

Antes de partir, volvió Juan la cabeza hacia el palacio donde quedaba el hombre a quien debía tantos beneficios y lanzó un gemido.

Volviéronse todos y descubrieron al Emperador, que estaba en pie en el vestíbulo, presenciando la partida con el alma destrozada.

Juan y Pedro Barrientos le saludaron por última vez, y él levantó la mano derecha hacia el firmamento, y murmuró en voz que nadie más que Dios pudo escuchar:

-¡Hasta el cielo! ¡Hasta el cielo!

La comitiva se puso en marcha, y pronto se perdieron de vista los viajeros, internándose en el corazón de la sierra. Entonces, el monarca penitente, transido de dolor y abrumado por un formidable sentimiento se refugió en el santuario, inclinó la frente sobre el ara santa y recitó en voz baja aquellas sublimes palabras del ardiente arrepentimiento de David, que dicen:

"¡Dios mío! ¡Oh! ¡Dios mío! A Ti aspiro y me dirijo a Ti al despuntar la aurora.

¡De Tí está sedienta el alma mía! ¡De cuántas maneras lo está también mi cuerpo!"

Algunos monjes le vieron durante largo tiempo permanecer arrodillado ante el altar, gimiendo y sollozando en silencio, pero ninguno se atrevió a perturbar aquella fervorosa y augusta contrición, que había elegido a Dios por confidente.

III

EL PRINCIPIO DEL FIN

Transcurrieron tres meses. Hallámonos en el de agosto de 1558.

Durante este tiempo, las dolencias del Emperador, lejos de disminuir, habíanse acrecentado, y era talla ruina de su cuerpo, que los menos perspicaces adivinaban y presagiaban el prematuro fin de aquella naturaleza, dotada en otro tiempo de tan altos privilegios.

Empero, las ruinas exteriores de su cuerpo tal vez no eran tan considerables como las de su espíritu, el cual, si no había perdido del todo su fortaleza, presentábase en un estado tal de decadencia, que se resistía a todos los sistemas de restauración que pudieran ensayarse con él para conducirle a un eficaz convalecimiento.

La ausencia de Juan, llorada por él en la soledad y en el silencio, entristecía mucho sus horas; y para nadie era un misterio que desde la partida del mancebo el estado del Emperador se había empeorado.

Arrastraba, pues, una existencia lánguida, doliente, valetudinaria; aunque la oración y la meditación eran para su alma inefables medicinas, rendíase a veces su cuerpo, extenuado por los cilicios y por las maceraciones, y hallábase imposibilitado de sostener conversaciones con Dios, que así las apellidaba.

Su anhelo incesante, su aspiración continua y vehemente reducían se a consagrar a Dios todos los momentos de su vida, porque decía a los que disfrutaban de su intimidad, que cuando separaba los ojos de Dios tenía que fijarlos en el mundo, y el mundo le recordaba su vida pasada, sembrada de dolores.

Era su tristeza dulce y melancólica, y en medio de los padecimientos de su ánimo y de su cuerpo, pudo observarse que su indulgencia y su benignidad se acrecentaron a impulsos del aura vivificante de la religión que le refrescaba el alma y le cicatrizaba las heridas.

A la exquisita penetración de los monjes no pudo ocultarse la grandeza de su conformidad cristiana y valerosa, que en los últimos momentos de su vida resplandeció más, cual si estuviera mantenida por un fuego divino. Así es que si antes se ofreció a la vista de los monjes severo y taciturno, en sus postrimeros instantes se mostró indulgente y resignado, y aunque nunca salvó los límites de una reserva sombría, aquella reserva estaba llena de dulcedumbre y de benevolencia.

Amábanle más a medida que comprendían que su fin estaba más cercano; y él, que lo presagiaba también, con valerosa calma esmerábase en atraerse todas las voluntades para hacerse acompañar de ellas en su última jornada, porque decía

que en la hora de la muerte se necesitan muchos y buenos intercesores para que no naufrague el alma en los golfos desconocidos de la salvación.

Luis Quijada fue siempre su único confidente, y con él pasaba a solas gran parte del día, transmitiéndole instrucciones, que se cumplían y ejecutaban de una manera que nadie pudo nunca averiguar. Sabíase, no obstante, que el Emperador mantenía estrechas relaciones con el Rey Don Felipe, con las princesas y con otros altos dignatarios de la corte, y aunque no se ocupaba en las cosas del reino ni en los negocios ajenos, es indudable que se ocupó en los propios, y que antes de su muerte quedó asegurado el reconocimiento de Don Juan de Austria, misterio del cual nadie más que Luis Quijada y otras personas importantes y adictas tenían entonces la llave.

Impidieronle completamente sus dolencias salir a paseo y discurrir por los huertos y jardines del monasterio, y a lo más, lo que hacía era salir por las tardes algunos momentos al vestíbulo, cuando caía el sol, porque durante el día era tan alta la temperatura, que no podía resistirla.

Respecto a sus devociones, no las descuidaba en cuanto podía, y lamentábase con mucha tristeza de no poder hacer lo que otras veces, rogando a Dios con gran fervor le conservara las fuerzas hasta la hora de su muerte para asistir a la iglesia y regocijar su espíritu con los adorables misterios de la religión.

Gustaba sobremanera de conversar con todas las personas que le recordaban a Juan, y no se hallaba más contento que cuando los moradores del valle, que le visitaban dos veces por semana, estaban a su lado.

Retenía cerca de sí a Conrado muchas horas, y cuando iba Ruy Gómez, que solía hacer sus visitas más de tarde en tarde, mandaba colocar un sillón en el vestíbulo cerca del suyo, hacia retirar a todos sus criados y amigos y conversaba a solas con él, demostrando que hallaba en esto solaz deleite.

Algunas veces acariciaba a Conrado, y le decía:

-Gentil mancebo, pronto tendremos nuevas de Juan. Yo espero que han de ser buenas, porque Juan está llamado a hacer grandes cosas; pero siento que no estéis a su lado. Verdad es que en su día estaréis, pues yo le ordenaré que os busque, y no dudo que os encontrará, porque es agradecido.

Conrado le besaba las manos, y en alguna ocasión dejaba caer en ellas alguna lágrima de reconocimiento.

Las escenas que tenía con su abuelo eran de otro género, y versaban sobre otros asuntos.

-¡Ah! Ruy Gómez -le decía algunas veces con amable sencillez-. ¡Quién había de creer que con el peso de noventa años encima sois vos el que me visita, y que yo, que aún no soy sexagenario, ni espero llegar a serio, no puedo cabalgar hasta vuestro castillo! Verdad es que yo tomé a Tánger, arrasé la Goleta y domé Dragut y a Barbarroja, que eran dos lobos del desierto; pero, ¿no fuisteis vos el soldado de Alhama de las Alpujarras, que venció a la morisma y la echó de España a cintarazos?

-¡Oh señor! -respondió el viejo patriarca-. Vuestra Majestad ha hecho más solo que todos los monarcas de España juntos. ¿Cómo no ha de estar rendido Vuestra Majestad, si sus empresas fueron no de hombres, sino de gigantes?

-Anciano -le contestaba-, mirad este cuerpo flaco y extenuado y compadeced a este gigante de cincuenta y ocho años que temblaría hoy delante de un niño. Redúcense a esto las glorias del mundo. En seis pies de tierra se nivelan todos los cuerpos. Por eso yo, si en otra edad hubiera pensado con la madurez que hoy, todas las coronas del Universo las hubiera trocado por esa blanca diadema que lleváis en la cabeza, y que se me antoja la más hermosa, porque está labrada por Dios.

Otras veces hacía recaer la conversación sobre las pasadas diferencias que le habían enajenado la estimación de aquella ilustre familia, y decía a Ruy Gómez:

-Ninguna cosa me lastimaba y mortificaba más en este monasterio que saber vivíais a dos pasos de mí y no podía veros porque alimentabais un injusto resentimiento. Ya en diversas ocasiones os envié a Luis Quijada para satisfaceros, porque vuestra enemistad me traía con grandes cuidados, y sabiendo quién erais y lo mucho que valíais, deseaba más vuestra amistad que el cetro de todos los imperios del mundo. Pero Dios, que es justo y providente, nos ha proporcionado a los dos la dicha inapreciable de esta reconciliación, que ha descargado y aliviado a mi alma de penas opresoras, y mi gratitud morirá conmigo. ¿Pudisteis nunca creer, anciano, que hubiera consentido en que se degollara a vuestros hijos, sabiendo que su padre fue uno de los soldados más bizarros de Ponce de León y de mi abuela Isabel?

El patriarca del valle oía con júbilo estos descargos, referidos por el grande hombre con la sencillez e ingenuidad de un niño, y en muchas ocasiones no podía contener sus lágrimas.

Un día le preguntó el Emperador:

-¿Y Magdalena?

El anciano palideció y le respondió con voz triste:

-¡Ah señor! Magdalena sufre mucho, pero es un ángel y está resuelta a consagrarse a Dios.

El Emperador lanzó un suspiro y dijo:

-¡Noble y hermosa criatura! Dejemos a esa encantadora flor que se ampare del místico jardín de la Iglesia. Yo hubiera realizado los sueños de su alma virgen y casta; pero una previsión superior me ha obligado a renunciar a ello para que no sea desgraciada.

No se habló más sobre este punto.

El viejo patriarca respetó los misteriosos motivos que impulsaban al Emperador a obrar como le había dicho, y se resignó con la suerte reservada a la pobre Magdalena.

En los fines del mes de agosto, las dolencias del Emperador se agravaron considerablemente, complicándose con unas calenturas perniciosas.

Reconocido por los médicos, manifestaron que no había esperanzas de salvarle. Entonces fue cuando en aquel solitario y humilde monasterio, antes tan alegre y tan envanecido con la presencia del regio huésped que a tan grande altura ha elevado su memoria, se pasaron días tristes y azarosos, precursores de la catástrofe que conmovió después al mundo católico.

IV

MAGDALENA

Mientras se acercaba la hora tremenda, la hora tremenda por los monjes y por los amigos del ilustre personaje que debía pagar a la tierra su tributo en el valle pintoresco, en el solitario castillo, templo un día de las glorias de la infancia de Don Juan, había también quien gemía y sollozaba, había un alma que encerraba dolorosos misterios y que, elevada a Dios de continuo, pedíale en la soledad y en el silencio consuelos que sólo Él podía dar, rayos de luz que sólo del cielo podían bajar, y rocíos de esperanza que sólo podían venir por el ministerio de una fe pura y santa.

Aquel ser que gemía, aquella alma que suspiraba elevaba a Dios su pensamiento, era Magdalena.

La abnegación es el poema más tierno e interesante que se conoce, porque es el poema del dolor.

La gloria divina de Jesús tuvo su pasión humana; y desde que las aberraciones y el pecado llevaron a la cumbre del Calvario a un Dios y se solazaron con su inocente sangre, la abnegación es una virtud que no puede ejercitarse sin que las almas se crucifiquen.

Magdalena llevaba dentro de su ser un alma crucificada y condenada a los martirios de un amor sin esperanza; y aunque su cruz y sus martirios estaban ocultos, Dios los veía y justipreciaba sus quilates en el crisol donde se enseña la ley de las virtudes. Sólo una persona había conocido su malhadado amor, y esta persona era su abuelo; pero Ruy Gómez le había conocido por intuición, y por intuición conocía también los grandes sufrimientos de aquella inconsolable criatura.

Nunca es más acerbo el dolor que cuando se reprime y se disfraza para ocultarle de la vista de las gentes. Gemir con entera libertad, derramar el llanto delante de los que pueden enjugarle es ser desgraciados a medias. Reprimir el llanto y los gemidos, disfrazar el dolor de modo que sonrían los labios cuando se llevan las entrañas despedazadas, es un género de suplicio que no pudieron jamás inventar los hombres para atormentar a sus semejantes.

Tenía Magdalena su resolución formada, y esperaba el día de su cumplimiento; pero mientras aquel día llegaba, mientras un voto irrevocable interponía entre ella y el mundo un valladar inaccesible, como el que se interpone entre un cadáver y la losa que le cubre en el sepulcro, ¿cómo lanzar sin lucha de su corazón un amor que había transmitido a su alma las primeras revelaciones de una ventura ilimitada y desconocida?

Partió Juan del castillo, y partió para siempre; ésta era la idea que llevaba en la mente de continuo. La estirpe de Juan le elevaba en lo futuro a una altura que ella nunca podía escalar: tales eran los raciocinios demoledores de sus esperanzas.

Juzgando imposible volver a sentir como había sentido, volver a soñar como había soñado, volver a fabricar en su fantasía un porvenir tan lisonjero y risueño como el que la fatalidad había desvanecido de un soplo, el alma de la virgen del valle se recogió en sí misma como la claridad de una lámpara, y se ofreció a Dios en secreto para no volver a sufrir un desengaño tan amargo.

Desde que Juan abandonó el castillo puede decirse que la pobre niña no volvió a pertenecer al mundo. Consagrada a su abuelo y a la religión, llevando en su corazón el luto y el cilicio de su pasión malograda, parecía la musa desoladora del dolor, que había descendido del cielo a recordar a los mortales la caducidad de todas las grandezas de la vida.

Todos los lugares que descubrían sus ojos, la tierra que pisaban sus pies, los objetos que tocaban sus manos, estaban sembrados de recuerdos para ella, y a cada uno de aquellos recuerdos se asociaba la imagen de Juan como se asocia al beneficio la imagen del bienhechor.

Si bajaba al huerto, aquellas hermosas y fragantes flores le recordaban a Juan; si paseaba por el valle, aquellas auras dulces y aromáticas susurraban el nombre de Juan en sus oídos; si subía a la torre del saliente y fijaba la vista en las agujas, le recordaban que allí había vivido; si oraba a la Virgen en la capilla del castillo, recordaba que allí había también orado Juan, si contemplaba de noche la pedrería del cielo, donde escribe Dios sus pensamientos con letras de diamantes, aquellas letras se la figuraban a ella que componían el nombre de Juan.

El anciano dotado de esa perspicacia que es privilegio de los grandes y sublimes afectos de la Naturaleza, contemplaba en silencio los accidentes de aquel dolor mudo y solitario, que sólo vibraba hacia Dios, Padre de todos los desgraciados, y con una dulzura superior y santa procuraba inclinar al cielo el pensamiento de Magdalena, comprendiendo que era la senda que le ofrecía menos espinas.

Pretender distraerla de aquel dolor augusto en que cifraba ella sus castas complacencias hubiera sido atormentarla; querer ahogar con sofismas y promesas necias los latidos de aquel pesar que se derivaba del naufragio del amor primero, que es la sensación, que es la palpitación más pura de la vida, hubiera sido engañarla. El anciano, que era un hombre recto, venerable, lleno de probidad y de bondad, no tenía valor para atormentarla ni para engañarla y tomó el partido de respetar su desgracia y de fortalecerla en las resoluciones del heroísmo, que son las que más se identifican con la virtud.

Esmerábase la candorosa joven por distraer la mente de su abuelo de sus pesares, y se le presentaba siempre tranquila y sonriente, colmándole de caricias y prodigándole los tesoros de su ternura; pero el viejo patriarca sondeaba con su dulce mirada las sinuosidades abiertas en aquel corazón puro y juvenil, y leía en

aquella frente mustia y pálida, como una flor sumergida en aguas amargas el doloroso secreto que se amparaba de ella y que nadie más que Dios y él podían penetrar.

Callábase entonces, y recibía sus tiernas atenciones con paternal solicitud; pero movía la cabeza melancólicamente, y decía para sí:

-He aquí una enferma que ya no tiene cura.

Una tarde en que, como de costumbre, se hallaba con Magdalena en el huerto, entreteniendo sus pesares con la experiencia de sus años y gozando de la frescura y de los perfumes del valle, vieron llegar a Conrado, que tenía del monasterio y que corrió presuroso a encontrarles.

-Traigo dos noticias importantes -dijo, sentándose frente a su abuelo la una triste y la otra agradable.

-¿Se ha agravado la enfermedad del Emperador? -preguntó Ruy Gómez sobresaltado.

-Sí, abuelo -contestó el joven con hondo sentimiento-; hemos conocido para poco tiempo ese noble corazón, cuya grandeza apenas sí ha cabido en la tierra.

El anciano y Magdalena se entristecieron.

-Hanse agravado sus padecimientos -prosiguió Conrado-; los médicos desesperan de salvarle. Los monjes están inconsolables.

-¡Oh, qué gran desgracia para la patria! -exclamó Ruy Gómez sin poder reprimir su emoción-. La muerte del Emperador dejará un vacío difícil de llenar, y esta será una pérdida que hará vestir a España de luto. Mañana mismo cabalgaremos hacia el monasterio y nos pondremos a disposición del ilustre penitente.

-La otra noticia es mejor -dijo Conrado-. Se ha sabido de Juan.

-¿Ha escrito Juan? -preguntó Magdalena tímidamente.

-No; quien ha escrito es el capitán Pedro Barrientos, el cual dice que Juan se porta en la milicia como un soldado bizarro y que don Lope de Figueroa lo ha nombrado alférez de los Tercios. Esto es todo lo que se ha sabido.

-¿Y nada más? -dijo Magdalena.

-Nada más -replicó el joven -. A mí me ha comunicado estas nuevas el señor Luis Quijada; pero como está inconsolable por el peligro de la vida del Emperador, a quien ama con delirio, no ha podido darme más explicaciones.

Reinó un corto espacio de silencio entre los tres. El anciano estaba caviloso y meditabundo, como si se sintiese abrumado por el peso de reflexiones dolorosas.

Al fin rompió el silencio, y dijo con voz solemne:

-Hijos míos, dadme vuestras manos. La nueva del próximo fin del Emperador, a quien aborrecí mucho tiempo y a quien he llegado a amar con gran sinceridad, me ha impresionado fuertemente. Esta desgracia me recuerda que nadie tiene asegurados los días de su vida, y mucho menos el que ha alcanzado mi edad. Hablemos de vuestro porvenir, hijos míos, que la muerte nunca llega tarde.

-¡Oh abuelo! -murmuró Magdalena, llorando-. No penséis así.

-Fuerza es pensar, querida niña -replicó el anciano sonriendo y acariciándola-. Hoy se va el Emperador, mañana me iré yo. Es ésta una jornada que todos tenemos que hacer, y al fin llega la hora. Oíd, pues, mis consejos.

Los dos jóvenes se aproximaron al viejo patriarca y se sentaron a sus pies.

-Tú, Conrado -exclamó Ruy Gómez-, no te pertenesces. Tienes un nombre glorioso que debes ilustrar de nuevo para borrar las faltas de tus padres. A ti te llama la guerra, que es la inclinación más noble de un pecho hidalgo. Yo deseo que después de mi muerte sirvas al Rey y des a la patria el tributo de sangre que deben darle todos sus hijos. ¿Serás leal al Rey y a la patria, Conrado? ¿Los servirás fielmente?

-Sí, abuelo, os lo juro.

-Tú, Magdalena -prosiguió el anciano-, quedarás sin amparo a mi muerte, porque tu hermano no se pertenece; yo he creído notar, hija mía, que tu vocación te llama al claustro, y, lejos de contrariarla, me consideraría dichoso sabiendo que estabas decidida a pronunciar los votos y a consagrarte a Dios. ¿Me habré engañado?

-No, abuelo -contestó Magdalena con voz firme-. Si vos faltáis, yo me encerraré gustosa en un convento.

-¡Oh! No puedes figurarte -exclamó Ruy Gómez- lo que me agrada tu resolución y lo cuerda que me parece. Yo no hubiera tenido nunca valor para imponértela; pero siendo de tu gusto, no puedo menos de aplaudirla. Gozando de la calma y del silencio del claustro serás feliz, porque tú, hija mía, te has educado para ser una buena esposa del Señor, y en esta santa vocación hay alegrías divinas para el alma que pueden recompensarla de los goces caducos y pasajeros del mundo. En el convento de Coria, de la ciudad de Trujillo, tenemos una parienta cercana que ha llegado a alcanzar la dignidad de abadesa de aquella ilustre casa. En ella tendrás una madre cariñosa que te dispensará afecto íntimo y te franqueará los caminos de la virtud y de la santidad. Tú cerrarás sus ojos cuando la muerte corte el hilo de su vida, y cerca de su modesta sepultura se abrirá la tuya también cuando Dios te llame a Sí para coronar tu inocencia. Conrado te llevará al convento después que hayáis depositado mis cenizas en el panteón de este castillo, al lado de las de mis mayores, y desde el cielo, hijos míos, yo os miraré con paternal contento y pediré al Señor que a todos nos reúna en la patria celestial. ¿Cumpliréis estas disposiciones?

Los dos jóvenes se lo prometieron llorando. Después se dirigieron al castillo.

Cuando la noche tendió su denso velo y los cielos se tachonaron de estrellas, y la luna, reina del silencio, empezó a surcar el azulado espacio derramando sus luces de plata, la virgen del valle, la futura esposa del Señor, bajó a la capilla, y, postrada a los pies de la Madre del Amor Hermoso, exclamó:

-¡Oh dulce Madre mía! Todo es engañoso en el mezquino mundo. Ha habido nuevas de Juan, y en ellas no ha venido un solo recuerdo para mí. Yo, en cambio, no borraré jamás el suyo de mi pecho, y sólo vos, Señor, lo sabréis.

Después no se oyó más que un débil sollozo y el dulce murmullo que produce una persona que reza y llora.

EL CODICILO

En los primeros días del mes de septiembre, el estado de la salud del Emperador era tan grave, que ya no podía abandonar el lecho.

Despacháronse correos a toda prisa para notificar al Rey Don Felipe el peligro que corría la vida de su padre, y al mismo tiempo se envió un emisario a Valladolid, donde estaba la Princesa Doña Juana, a fin de que ésta habilitase al secretario, don Martín Gatzelu, para que otorgara un codicilo que el Emperador quería hacer, modificando algunas cláusulas del testamento que hizo en Bruselas en 6 de junio de 1554, legalizado por el secretario don Francisco de Cesajo.

Una fiebre maligna y obstinada minaba a pasos agigantados aquella organización vigorosa, que se apagaba lenta y gradualmente como una lámpara falta de combustible; y, sin embargo, de los sufrimientos que le ocasionaba, no le abandonó un solo momento la fortaleza de su ánimo, dando altos ejemplos de resignación y de conformidad.

Su rostro, surcado de venerables arrugas, estereotipaba esa melancolía sublime de las almas llenas de confianza; sus ojos irradiaban una luz serena, como la de una antorcha encendida dentro de un fanal; su boca exprimía sonrisas de bondad, y su frente, elevada de continuo al Dios de la misericordia y del amor, brillaba con cierto matiz radiante, parecido a una misteriosa aureola.

El distintivo de la conformidad cristiana resaltaba admirablemente en su noble fisonomía, y no parecía sino que esperaba el trance funesto animado de santa alegría, como aquellos valerosos mártires que salían de sus prisiones sonriendo a los verdugos y enseñando su palma con regocijo.

Como un día viera llorar a Luis Quijada en silencio, le dijo:

-Amigo Luis, no turbes con tu llanto estos momentos, que son de alegría. Llorara yo si en esta jornada no me acompañase la gracia de Dios; pero acompañado de esta gracia, ¿puede nadie sentir dejar este valle de dolores?

Hizo en aquellos días el codicilo, y después de reformar algunas de las cláusulas del instrumento antiguo, ordenó lo que había de hacerse para su enterramiento de la manera siguiente:

"Digo y declaro: Que si yo muriese antes y primero que el Rey mi hijo y yo nos veamos, se deposite mi cuerpo en este monasterio, donde querría, y es mi voluntad, fuese mi enterramiento, y que se trajese de Granada el cuerpo de la Emperatriz, mi muy amada mujer, para que los dos estén juntos. Pero, sin embargo, tengo por bien remitillo a la voluntad del Rey mi hijo para que él haga y ordene lo que sobre ello le pareciere, con tanto que el cuerpo de la Emperatriz y el mío estén juntos, conforme a lo que acordamos en vida, por cuya causa

mandé que estuviera en él entretanto en depósito y no de otra manera en la ciudad de Granada."

Como se ve por esta cláusula del codicilo y por la que a continuación vamos a transcribir, el Emperador tenía la esperanza de ver a su hijo el Rey Don Felipe antes de su muerte; pero esta esperanza no se realizó.

El codicilo contiene las siguientes cláusulas:

"Otrosí: Ordeno y mando que si yo muriese antes de verme con el Rey mi hijo y si acordare y le pareciere que mi enterramiento y el de la Emperatriz sea en dicho monasterio, que en tal caso se haga una fundación por las ánimas de ambos y de mis difuntos, con los cargos y beneficios que al Rey mi hijo y a mis testamentarios, a quienes lo remito, les pareciere.

Y asimismo ordeno y mando que en caso de que mi enterramiento haya de ser en este dicho monasterio, se haga mi sepultura en el altar mayor de la dicha iglesia y monasterio, en esta forma: Que la mitad de los pechos a la cabeza fuera dél; de manera que cualquier sacerdote que dijese misa ponga los pies sobre mis pechos y cabeza."

Más adelante encarga en el mismo codicilo que si su entierro fuera en Yuste, se colocara un cuadro en el altar mayor de la iglesia, que estaba en poder de su guardajoyas Juan Martín de Esteur, recomendando, además, que se construyera un altar de alabastro y un nicho de mármol para la custodia, con dos figuras blancas, arrodilladas y envueltas en largos sudarios, que le representaran a él y a la Emperatriz.

El resto del codicilo abraza grandes mandas para el Santísimo Sacramento, de quien era ardentísimo devoto y otras de beneficencia para los pobres y para sus criados y servidores.

Arregladas, pues, con tanto orden las cosas de la tierra, principió a disponerse para ganar la bienaventuranza.

Hallábanse constantemente en su cámara sirviéndole, consolándole algunos amigos buenos, que manifestaban su dolor vertiendo copioso llanto; pero, aunque le era grato morir rodeado de aquellas personas agradecidas, oyéronle exclamar algunas veces con cierta amargura:

-¿No ha venido mi hijo Don Felipe?

Mandó llevar a su presencia un retrato de la Emperatriz hecho por Ticiano, y, según dice el cronista Vera y Zúñiga, le estuvo contemplando un poco, movido por un misterioso impulso, ordenando después que le colgaran en un testero de la habitación.

Después le llevaron un cuadro de la Oración del huerto, y ante éste fue mayor su contemplación, pidiendo que le sostuvieran para adorarle de rodillas. Luego pidió otro lienzo de Ticiano, el Juicio Final donde su grande amor exprimió todos los afectos del temor y de la esperanza, y ante aquella sublime imaginación del Apocalipsis, cayó en una meditación profunda que adormeció su espíritu en brazos de un rapto admirable.

Hízole entonces presente el médico sus temores de que causaría daño en sus potencias una suspensión tan larga de sus facultades, a lo que contestó:

-Malo me siento.

Pulsáronle, y le hallaron con fuerte calentura, a pesar de estar sereno a la simple observación.

Luis Quijada le importunaba, llorando, a que tomase algún alimento, porque hacía algunos días que sólo tomaba un poco de caldo.

-No me seas molesto, Luis Quijada -contestó-; ya veo que me va la vida en ello, y, con todo, no puedo comer.

Al siguiente día confesó y comulgó con gran fervor, repitiendo con suma devoción estas palabras: *In me manes ego in te maneam*. (Estás en mí, yo estaré en Ti.)

Después le sangraron dos veces, y pidió la Extremaunción con ahínco, porque creía llegado su fin.

La recibió con veneración y amor aquella noche, recitando las letanías y el salmo en que el justo, desengañado y fortalecido por la gracia, suspira por la patria celestial.

Así preparado, esperó tranquilo su último instante.

VI

¡AY, JESÚS!

En la noche del 20 de septiembre de 1558 presentaba la cámara imperial de Yuste un aspecto triste y desgarrador.

Hallábanse al lado del César: don Fernando Álvarez de Toledo, conde de Oropesa; su hermano don Francisco, su tío don Diego, don Luis de Ávila y el fiel Luis Quijada.

Los dos castellanos del valle, el abuelo y el nieto formaban también parte de aquel atribulado cortejo.

Habían llegado algunos días antes el doctor Camelia, célebre médico de la Princesa Doña Juana, y don Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo, esperado con ansia por el Emperador para hablarle de sus opiniones, el cual, dicho sea de paso, se justificó ante el penitente de Yuste de las cosas que se le imputaban, mostrándose digno del alto juicio que hizo de él el doctor Navarro.

A eso de la medianoche, mostró deseos de hablar a solas con Luis Quijada, y pasó con él corto rato, dándole ilustraciones y haciéndole encargos hasta que, sintiéndose empeorado, mandó llamar al monje fray Francisco de Villalúa, hombre doctísimo, que recibió por segunda vez su confesión.

Dispuso que le tuvieran a la mano el crucifijo y la vela que habían servido para la muerte de su abuelo Maximiliano y de la Emperatriz Isabel, y, abrazado al crucifijo, hizo actos de contrición ardiente, y derramó lágrimas abundantes por la redención de sus pecados.

Volvió a recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía con aquella veneración y amor que siempre tuvo a la inefable institución del Hijo de Dios encarnado, y luego que se terminó la ceremonia, dijo:

-Me siento tranquilo.

-Señor -contestó fray Francisco de Villalúa-, Vuestra Majestad se alegra cuando con tantas demostraciones le llama el cielo; sus obras son fundadas en gran misterio; y así no carece de él haber entrado Vuestra Majestad en este mundo el día de San Matías, a quien tocó por suerte el apostolado, como a Vuestra Majestad el imperio, y salir de él el día de San Mateo, quien ha imitado, dejando sus imperios por Cristo, como aquél su caudal.

Oyó esto el Emperador con gran consuelo y esperanza, animado de un vivísimo deseo de volar a la mansión celestial.

Como se acrecentaron las congojas, entraron algunos en el aposento, juzgando que todo estaba concluido; pero aún se conservaba con pleno conocimiento, bien que no le perdió hasta que rindió su espíritu al Creador.

Sacaron a Luis Quijada de la cámara, porque su dolor era tan impetuoso que mortificaba al enfermo, y quedaron con él fray Francisco de Villalúa, Carranza y el prior Angulo, para recitarle oraciones y ayudarle a bien morir.

Durante su agonía siguió hablando con ellos del negocio de su salvación en términos admirables, discurriendo con tal serenidad y buena presencia de espíritu, que abrigaron algunas esperanzas de que no sobrevendría tan pronto la muerte.

Pero un poco antes de amanecer le volvieron las congojas, y le vieron incorporarse un tanto. Entonces pidió una vela encendida y el crucifijo, y, mirándole con amor inefable, lanzó un grito, y exclamó con voz recia:

-¡Ay, Jesús, Jesús, Jesús!

Y entregó su alma al Creador.

El prior Angulo se separó del lecho mortuorio, y salió llorando para anunciar la triste nueva a las personas que estaban congregadas en la pieza inmediata. Al verle, todos prorrumpieron en sollozos y gemidos. Entonces el venerable monje exclamó con acento solemne:

-El Emperador Carlos V ha dejado de existir. Oremos por él.

Todos cayeron de rodillas y elevaron al cielo sus preces por el que había ya comparecido ante Dios.

Eran las cuatro de la mañana, y ya estaba amaneciendo.

Las campanas del monasterio saludaron aquel día a la aurora con el doble de difuntos, y el ruiñón de sierra Jaranda consagró también a aquella catástrofe sus cantos lastimeros.

VII

LOS FUNERALES

Empleáronse los días 21 y 22 de septiembre en colocar el cadáver en un ataúd de plomo, que, como atrás se ha dicho, fue el mismo que sirvió para su abuelo Maximiliano, y soldaron el ataúd, introduciéndole en un ancho féretro de roble incorruptible.

Los tres días siguientes a su muerte se le hicieron honras fúnebres en el monasterio, oficiando el arzobispo Carranza, al que sirvieron de diáconos el prior Angulo y otro que había llegado de Granada. Hiciéronle honras también en San Benito el Real, de Valladolid, predicando en ellas el padre Francisco de Borja, antiguo duque de Gandía y amigo íntimo del Emperador. Hiciéronle honras también en la iglesia de Santa Gudula, en Bruselas, presidiéndolas Felipe II; en Bolonia, por el Colegio Español, y en Roma, por Ascanio Caracciolo, caballero napolitano. Estas honras se celebraron con acompañamiento de diecinueve cardenales, pronunciando la oración fúnebre Paulo Flavio, lector público de las Escuelas de Roma y familiar del Papa.

Por último, según afirman todos los cronistas, su muerte fue llorada por todas las provincias de Europa, Asia, África y América, y hasta el mismo Selim, Sultán de los turcos, mandó en Constantinopla hacerle honras a su manera.

Aseguran los cronistas que hubo fenómenos extraordinarios que anunciaron la muerte del Emperador, y hasta se extiende a afirmar que hubo santos varones que tuvieron revelaciones acerca de su eterno destino.

Vera y Zúñiga, en su Epítome de la vida de Carlos V, dice que predijo su muerte un cometa, que al principio de su enfermedad se inclinó al Septentrión, fijándose después sobre el monasterio y desapareciendo a la muerte del Emperador.

El prior de Yuste refiere que en el huerto del César había un pie de azucena, que, al principio de la primavera, arrojó dos tallos juntos. Uno rompióla túnica cerca del Corpus Christi, manifestó su flor, exhaló fragancia y últimamente murió. El otro tallo, aunque de igual edad, se fue deteniendo en su botón, con maravilla de todos, porque ni le faltaba sol ni agua, y la misma noche que desató los vínculos el alma del César, rompió su túnica aquella bellísima flor, símbolo conocido de la esperanza, por lo que fue cortada con respeto y puesta en el altar mayor, prendida del velo que cubría la custodia.

Sandoval refiere también que el padre fray Gonzalo Méndez, provincial de frailes menores de Perú, tuvo una revelación la noche del 21 de septiembre, que reservó hasta el día de su muerte, en que le ordenó su prelado la manifestara. Obedeció, y dijo: Que en el juicio de Dios se había dado por buena la causa del

Emperador Carlos V, y colocado su alma entre los bienaventurados que gozan de la vista dulcísima del Creador.

Dos días después del enterramiento del Emperador se presentó el corregidor de Plasencia, con magistrados y letrados, diciendo que, habiendo muerto en su jurisdicción, le correspondía el derecho de recobrar su cadáver, hasta que el Rey Don Felipe dispusiera lo que se había de hacer con él. El prior le rogó que no le llevara, que él le tendría en depósito, alegando que tal fue la voluntad del finado, según constaba en el codicilo. Accedió, por fin, el corregidor a los deseos del Prior y de los monjes, si bien mandó descubrirle el rostro para que diera fe un escribano.

Felipe II no se conformó con la voluntad de su padre, y mandó trasladar al regio panteón de El Escorial sus restos mortales, otorgando al monasterio de Yuste, como un insigne privilegio, la posesión de la caja de roble en que se hizo la trasladación del cadáver, siendo aquella reliquia la única que se conserva hoy en el derruido y olvidado convento, sin duda, porque su valor era tan exiguo que sus dueños no podían prometerse gran cosa de su enajenación.

En el año 1870, un ministro revolucionario, el señor Figuerola, acompañado de otros dos altos empleados de la administración liberal, proyectaron un día de gira a El Escorial, y para celebrar aquel día de fiesta con un rasgo de autoridad soberana, mandaron levantar la tapa del sepulcro del Emperador Carlos V.

El administrador del Patrimonio, dependiente a la sazón del ministro de Hacienda, obedeció la orden de su jefe, y colocando un andamio proporcionado a la altura del nicho, se abrió el sepulcro para satisfacer la curiosidad del ministro liberal y de sus acompañantes, entusiastas admiradores de las glorias patrias, según lo dejaron testimoniado.

Parece ser que el señor Figuerola y sus dos amigos pasaron a reconocer la urna cineraria, después de haber hecho los honores a un almuerzo fuerte y succulento, según se nos ha referido, y con este motivo el acto fue, si no solemne, cordial y expansivo en alto grado, tanto cuanto era de esperar de la llaneza democrática de tan insignes personajes.

Admiraron, como no podía menos de suceder, la perfecta conservación del cadáver, que, como hemos dicho al principio de este libro, se mantiene en un estado de perfecta momificación, que no le ha hecho perder el parecido, y uno de los amigos del señor Figuerola llevó sus indagaciones hasta el punto de tocarle en las manos, que las tiene cruzadas, empuñando una rama de olivo, con un bastoncillo, ocasionando su rompimiento por la muñeca.

Después de aquella ruptura, que en las edades pasadas, cuando floreció el coloso que hoy está reducido a polvo por el terrible ministerio de la muerte, no tuvieron la fortuna de hacer pueblos enteros coligados y guerreros formidables conjurados para vencerle, el ministro de la revolución y los alegres turistas que le acompañaban regresaron a la entonces ex coronada villa satisfechos de tan agradable gira, que deben contar como un honroso timbre, digno de ser esculpido en su alta ejecutoria.

Posterior a esta revista revolucionaria, exornada con los interesantes detalles que se nos han transmitido, la administración patrimonial, con autorización competente, enseñó el cadáver del Emperador a todo el que lo solicitó, y el autor de estas líneas participó del feliz privilegio de verle y de derramar una lágrima sobre aquella ilustre mano, que el viento manso de la evolución había tronchado jugueteando.

¡Tú, alma sublime, objeto de las predilecciones de la mía y de la admiración generosa de la patria y de la Humanidad, debiste recoger el tributo de veneración que yo, hombre oscuro y sin ingenio, te ofrecí sobre tu sepulcro, y mis oraciones ferventísimas debieron subir ondeando hasta el trono de tu gloria, levantado por tus virtudes en el alcázar de la inmortalidad!

EPÍLOGO

Tres años después de la muerte del Emperador, las campanas del convento de Coria, de la ciudad de Trujillo, anunciaban con sus ruidosas lenguas que iba a tomar el velo una virgen, destinada para esposa del Cordero sin mancha. Aquella virgen era Magdalena.

Hacia un mes que había muerto el anciano Ruy Gómez, y sus nietos, fieles a sus promesas, iban a cumplir su última voluntad.

Conrado, aderezado de corte, con ricas telas de seda y de brocado, llevaba de la mano a su hermana, que, coronada de rosas, luciendo blancas vestiduras y costosas preseas, seguía a su hermano con paso firme y dulce sonrisa, llevando en el herido corazón los gérmenes de una consoladora esperanza.

Acompañábalos lucida comitiva de amigos y deudos, como gente principal que eran, y algunos escuderos repartían al pueblo limosnas.

Al poner el pie en el umbral de la puerta la cándida virgen del valle, una mujer harapienta, una mendiga, una desgraciada, que se arrastraba sobre sus rodillas cubierta de andrajos, la tendió la mano, implorando su caridad.

Magdalena la miró, y lanzó un débil gemido, semejante al murmullo de un arroyuelo. Había conocido a aquella mujer. Era Salomith.

-Paloma eres y querubín serás -dijo la gitana-, ¿Te acuerdas de mí, hermosa niña?

-¡Oh Salomith! -exclamó Magdalena-. No te engañaste. ¡Cumplido se ha tu predicción!

Mandó socorrerla, se despidió de ella y penetró en el templo, vertiendo una lágrima.

Aquel mismo día se cerraron para siempre las puertas del claustro detrás de Magdalena.

Conrado, fiel a su palabra, también se despidió de su hermana y se fue a la guerra en busca de Juan.

Cuando corría el año 1571 empeñóse el Emperador Selim en conquistar la isla de Chipre, que poseían los venecianos, y ocupó las ciudades de Nicosia y Famagusta.

Entonces hicieron una alianza contra él el Pontífice Pío V, la República de Venecia y el Rey de España Don Felipe II, confiando el mando de una escuadra, compuesta de doscientas velas, al esforzado capitán Don Juan de Austria.

La escuadra cristiana avistó a la enemiga en el golfo de Lepanto o de Corinto, próximo a la isla de Cefalonia, y trabada la batalla en 7 de octubre de 1671, fue tan completa la victoria para los aliados, que apresaron y echaron a pique

doscientas galeras turcas; los muertos y prisioneros pasaron de veinticinco mil, incluso su general, que pereció en el combate, abordado por la nave Capitana, y los cristianos que recobraron pasaron de veinte mil. Y todavía hubieran llevado la victoria más allá, aún hubieran podido ocupar el estrecho de Galipolis o Helesponto, para sorprender a Constantinopla, si no se retiran inopinadamente a Mesina.

Así y todo, salvaron a la Europa de una segunda irrupción mahometana, haciéndose acreedores a las bendiciones de la posteridad.

El héroe de aquella grande empresa, el valeroso Don Juan de Austria, llevaba en su bandera una cruz, y por bajo se leía el siguiente lema:

Con esta señal venceré turcos, y con ésta venceré herejes.

El lector habrá adivinado ya que Don Juan de Austria era el pajecillo de Yuste, hijo del Emperador Carlos V y de Bárbara de Blomberg.

FIN